

CRISTIANOS, MOROS Y JUDÍOS EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

GEORG RUDOLF LIND

(La historia de una polémica)

El tema de "Cristianos, moros y judíos en la historia de España" se presta como ningún otro para iniciarse en lo peculiar de la Península Ibérica. Las entretreídas relaciones de tres comunidades religiosas han caracterizado el destino de España y lo han destacado del de otros países europeos a lo largo de siete siglos desde la invasión de los moros en el año 711 hasta la Reconquista culminada por los cristianos con la toma de Granada en 1492.

La pregunta de cómo convivieron las tres comunidades religiosas durante la Edad Media y qué parte corresponde a cada una de ellas en la formación del carácter nacional español ha dado lugar en el último cuarto de siglo al desarrollo de una ardiente polémica que ha dividido al mundo intelectual español, e incluso a la hispanística universal, en dos bandos enfrentados de modo irreconciliable. A los no hispanistas les extrañará por qué un problema, que se remonta a la Edad Media y a primera vista parece de naturaleza puramente histórica, pudo excitar los ánimos de filólogos, historiadores y filósofos de la cultura tan profundamente, que la polémica resultante, aún inconclusa, se ha convertido en una de las más vehementes dentro de la historia intelectual española, de por sí rica en polémicas. Para comprender este fenómeno debemos mencionar de entrada una peculiaridad de la autoestimación española: las relaciones que vinculan a los españoles pensadores con su pasado son sumamente problemáticas y aparecen profundamente perturbadas, es decir, el español que piensa sufre con el desarrollo que ha experimentado su país en el curso de la historia. Sufre con el recuerdo en la pérdida de su posición de gran potencia del siglo XVI y en su subsiguiente reducción a comparsa de la política internacional; sufre bajo el atraso económico-tecnológico que ha afectado hasta hace poco a grandes

partes de su país y que sigue afectando aún a algunas provincias. Sufre al pensar en la guerra civil y en su consiguiente división de los españoles en tradicionalistas y progresistas. No sería difícil seguir enumerando sufrimientos; como por ejemplo el de la "Leyenda Negra", es decir, los cargos que los países protestantes del Norte han venido haciendo a España desde los tiempos de la Contrarreforma: cargos como la crueldad de la Inquisición, al atraso de la ciencia española o los excesos de los conquistadores españoles en la colonización de Latinoamérica. Las problemáticas relaciones con la actualidad española sugieren en los responsables portadores de la vida intelectual española, inquisitorias preguntas acerca del pasado, acerca de las fuerzas cuya contribución ha dado por resultado la actual España.

Estas preguntas no empiezan a plantearse en el último cuarto de siglo, ocupan ya a la llamada Generación del 1898, aquel grupo de autores de ánimo reformador que habían vivido la derrota de España en la guerra contra los Estados Unidos y anhelaban un nuevo comienzo intelectual. Esta discusión en torno a la esencia de la hispanidad, no había terminado ni mucho menos cuando la guerra civil española demostró la mortal actualidad de las preguntas a las que la Generación del 1898 había intentado dar respuesta. Tras la victoria de los nacionales sobre los republicanos, esta discusión quedó simplemente interrumpida, pero no impedida o liquidada. Al contrario: después de la emigración de parte de la intelectualidad liberal a todos los países del continente latinoamericano, la discusión en torno al ser de España rompe, por así decirlo, la intimidad de la familia y trasciende al universal foro hispánico, a todos los países hispanohablantes. Lo que fue materia de discusión en la Generación del 1898 en los cafés de Madrid ocupa hoy en forma de gruesos tomos en folio o apasionados ensayos de revistas las prensas tipográficas de las Américas. Siempre aparece este debate cargado de intensas emociones; en definitiva entra en juego no sólo el pasado de España, sino también y en conexión con él una imagen muy definida de su futuro.

Vale la pena echar una ojeada a esta polémica, porque da una buena impresión de la intensidad de la vida intelectual española y muestra además cuántos esfuerzos invierten las mejores mentes del país por el futuro de España. Sea repetido que el ocuparse de la Edad Media y de España y el origen de la nación española se relaciona al mismo tiempo con la cuestión del camino de España rumbo al futuro.

La controversia en torno a la aportación de moros, cristianos y judíos en la formación de la nación española fue desencadenada por

dos representantes de la intelectualidad liberal, que habían abandonado España en 1939: el gran filólogo Américo Castro, muerto en 1972, y Claudio Sánchez Albornoz, que volvió reciente a España. Y es uno de los más destacados historiadores. Ambos proceden del mismo campo político; sin embargo, sus interpretaciones de España difieren en casi todos los puntos. Inició la discusión Américo Castro con su sensacional libro "España en su historia", de 1948, obra que en su posterior refundición lleva el título de "La realidad histórica de España". Américo Castro ha completado sus tesis con varios ensayos que por lo que tocan al caso los incluimos en nuestra breve exposición.

"España no fue así como dicen que fue." La posición de partida de Castro es la duda en la tradicional concepción de la historia de España. Para entender la intromisión del filólogo Castro en los dominios de los historiadores es recomendable esbozar primeramente la concepción monolítica de la historia de los tradicionalistas españoles. Esta concepción se basa en la idea fundamental de una España eterna que se alza con las cuevas de Alámiras y se proyecta por encima de las tribus de las montañas, adversas a Roma, y por encima de los romanos mismos hasta los visigodos, los árabes y los españoles modernos, cuyos méritos todos son adscritos al haber de la grandeza española. Esta historiografía recuerda a aquellos historiadores alemanes nacionalistas que querían atribuir la virilidad alemana al querusco Arminio, y la fidelidad femenina a su mujer Tuisnelda. A los ojos de los nacionalistas la Reconquista fue una lucha de los cristianos del Norte contra la dominación árabe; la expulsión de los moros fue una obra meritoria por haber salvado con ella la unidad nacional del país. El ideal de los tradicionalistas eran el Estado unitario católico-imperial de los siglos XVI y XVII y la evangelización de América. Todo lo ulterior, la caída de España de las alturas de gran potencia a impotente país en vías de desarrollo, aparecía a los tradicionalistas como traición a la idea imperial, como resultado de intervenciones extranjeras en nombre de la Reforma, del liberalismo y del comunismo. Dentro de este concepto de la historia de los tradicionalistas, trazado así a grandes rasgos, los méritos de romanos y visigodos resultaban exagerados, mientras los de los semitas, tanto moros como judíos, eran tenidos en poco o negados rotundamente.

A este respecto, el libro de Castro sobre "La realidad histórica de España" significa un giro copernicano. Por controversiales que puedan parecer algunas de sus tesis y por vehementemente que hay juzgado Sánchez Albornoz a Castro, una cosa es ya irreversible: el hecho de haber sido objeto de revisión la manera con que los pen-

sadores españoles enfocan su pasado árabe y judío. Resumamos ahora lo más sumariamente posible las tesis de Castro: Su nueva interpretación de la historia española comienza con la pregunta sobre el momento a partir del cual se puede hablar propiamente de España en sentido moderno. Mientras la historiografía tradicional defendía una hispanidad eterna admitiendo a lo sumo ligeras transiciones entre iberos, romanos y visigodos, Castro establece un profundo corte entre estos precursores de la hispanidad y su primera y auténtica configuración en el siglo XII. Su tesis es como sigue: "En el año 1100 aún no había españoles, sino gallegos, leoneses, castellanos y aragoneses; éstos, poco a poco, fueron adquiriendo el hábito de llamarse españoles, una palabra — repito — venida de Provenza a fines del siglo XII."

Sin duda es, pues, evidente que los antiguos iberos no pueden equipararse a los españoles modernos, como tampoco se puede identificar a los italianos actuales con los antiguos romanos, o a los franceses con sus antepasados galos.

El núcleo de la filosofía de la historia de Castro lo forma la tesis según la cual la peculiaridad de España ha sido determinada por una convivencia en su mayor parte pacífica de tres razas y comunidades religiosas: de cristianos, moros y judíos. Estos tres grupos étnicos y religiosos habrían vivido unidos como trillizos tanto en el bien como en el mal, se hubiesen visto forzados a vivir juntos y sin embargo hubieran estado siempre dispuestos a destruirse mutuamente. Para Castro la Reconquista no fue una guerra de religión, sino un intento de los cristianos del Norte de restablecer el destruido reino visigodo de Toledo y de rescindir la ocupación de las tierras de los moros. Para apoyar esta afirmación Castro se remite al cronista medieval, el Infante Don Manuel, quien en su libro de los Estados" declara:

"Ha guerra entre los cristianos e los moros e habrá, fasta que hayan cobrado los cristianos las tierras que los moros les tienen forzadas; ca quanto por la ley nun por la secta que ellos tienen, non habría guerra entre ellos."

Castro se remite también al sura 99 del Alcorán en el que se rechaza expresamente una violenta conversión de fieles de otras religiones y se abandona en las manos de Dios la conversión. Sin la tolerancia de los moros y la convivencia preponderantemente pacífica de las tres comunidades religiosas resulta del todo incomprensible el que la Reconquista pudiera proyectarse a lo largo de siete siglos. Para Castro, el final de la Reconquista, la toma de Granada por los Reyes Católicos en el año 1492, significa a la vez el final de la

comunidad de vida de tres razas y la auténtica catástrofe en la historia de España, ya que mediante el triunfo sobre los moros y la expulsión de los judíos, la casta de guerreros cristianos quedó tan fortalecida, que pudo aventurar un golpe de mano a América e imponer a España por la fuerza derrotados imperiales, para los que según demostró el desarrollo no reunía condiciones económicamente. De esta tesis fundamental se puede deducir todo lo demás: Los moros se dedicaron a oficios como los de sastre, albañil, arriero y barbero; los judíos se especializaron como recaudadores de impuestos, médicos, boticarios, comerciantes, astrólogos e intérpretes; los cristianos finalmente, cuando no eran labradores, eran guerreros o sacerdotes. La filiación a una religión y a la profesión estaban, pues, estrechamente relacionadas entre sí. Cuando termina la convivencia de las razas en 1492, se inicia ya, según Castro, la crisis económica que pone prematuramente en el siglo XVII punto final a la posición de España como gran potencia. El comercio y la industria se paralizan con la exclusión de moros y judíos; lo que queda es una casta de guerreros despreciadora de la actividad manual arrogante e inútil económicamente. El nacimiento de esta poderosa casta de guerreros encuentra su explicación en las necesidades de la Reconquista. Para hacer retroceder a los árabes se necesitaba de un tropel de caballeros dispuestos permanentemente a la guerra. Lo imprecendente de la superioridad de esta casta de guerreros lo demuestra una estadística de Castilla y León elaborada en el año 1541, es decir, medio siglo aproximadamente después de terminada la Reconquista. De ella se desprende que de 78.000 habitantes, aproximadamente el 13 por ciento, o sea, 108.000 se contaban entre los hidalgos, es decir, pertenecían a la casta de caballeros que no necesitaba pagar contribuciones ni trabajar corporalmente.

Un viejo objeto de disputa de los historiadores y filósofos de la cultura española es el de si las consecuencias de la invasión mora se han de estimar como positivas o negativas. Los criterios se oponen rígida e irreconciliablemente. José Ortega y Gasset, por ejemplo, ha negado a los moros toda aportación a la esencia española y declara:

"Ni los árabes constituyen un ingrediente esencial en la génesis de nuestra nacionalidad..." (España invertebrada)

Para Ortega son más bien los visigodos los principales precursores en el camino hacia la moderna España por ser los primeros en realizar la unidad nacional del país y por haber seguido influenciando hasta muy entrada la alta Edad Media con su jurisprudencia. Para Américo Castro, por el contrario, los godos no son españoles de nin-

gún modo, sino un ejército amorfo de invasores "sin acabar por reconocerse como plenamente existente(s) y digno(s) de historia" (C., 156) Castro revaloriza a su vez la aportación mora. Los moros transmitieron al resto de Europa la filosofía griega; y en los primeros siglos después de la invasión de España eran en cuanto a civilización de una superioridad tan abrumadora, que los cristianos del Norte se encontraban en una situación completamente inferior y sólo podían mirar con asombro la riqueza y el refinamiento de ciudades como Córdoba o Sevilla. La Reconquista le parece a Castro un intento desesperado del Norte español de mantenerse firme frente a los moros, superiores a ellos en filosofía y técnica. Esta lucha entrañaba también la adopción de costumbres y sistemas. Los príncipes cristianos se hacían sepultar con vestiduras moras. Las mujeres cristianas iban por la calle cubierta con velo como las moras. Para la decoración interior de los aposentos femeninos se empleaban, todavía en el siglo XVII, los almohadones que sirven para sentarse y que caracterizan las salas de estar árabes. La técnica arquitectónica de los moros, ejemplarmente desarrollada en las grandes construcciones de Córdoba y Granada irrumpen en las regiones del centro de España con los arquitectos mudéjares aceptados por los cristianos. De origen moro son también fórmulas de cortesía corrientes, que se conservan todavía en la actual España: el poner a disposición la propia casa ("esta casa es suya"), la invitación a tomar parte en la comida ("¿está servido?"), la alusión fatalista a la voluntad del dios — Alá en la fórmula "hasta mañana si Dios quiere"; además las fórmulas, hasta hace poco en uso, según las cuales el que escribía la carta besaba al destinatario manos o pies o hasta ambos pares de extremidades, costumbre ésta que en parte llegó a Austria gracias a las relaciones dinásticas entre Viena y Madrid.

"Los cristianos conquistaban, e inconscientemente se dejaban conquistar".

De acuerdo con la nueva valoración de la influencia árabe aparece en Castro una revalorización, si cabe aún más decisiva, de la aportación cultural judía. Para Castro los judíos españoles son, hasta su expulsión a fines del siglo XV, los intelectuales de España, los intermediarios tanto de la astronomía árabe, como de la filosofía griega, los preceptores de los príncipes cristianos, así como también las cabezas rectoras de economía y finanzas en cada una de las cortes españolas. Aquí viene al caso una cita sintetizadora, que reproduce a la vez con el mayor énfasis la tesis de Castro: "La cultura española — en cuanto a saberes, ciencia y técnica — tenía raíces musulmanas y era transmitida por médicos, consejeros o alfaquíes judíos, tan españoles como los señores, de quienes legalmente eran "siervos" y,

de hecho, orientadores en lo moral y en lo cultural."

Entre las particularidades de la vida española que al finalizar la Edad Media más extrañan al centroeuropeo está la continua preocupación por la pureza de sangre del propio linaje, el orgullo que nace del hecho de ser cristiano viejo y de poder documentarlo. Castro ve en esta obsesión un reflejo de la preocupación judía por una estirpe de pura sangre. A este respecto cita los romances sefardíes en los que una joven rehusa el amor de un cristiano alegando el motivo de "...que no digan la mi yente de un Crisio fue namorada."

El obsesivo afán de los cristianos españoles por ser considerados limpios de sangre, el cual se manifiesta en las obras maestras del teatro español, así como también en la literatura narrativa de la época clásica, crece a medida que los vecinos judíos son obligados bajo pogromo a convertirse al cristianismo. No se quiere ser considerado judío y se esfuerza por eso en demostrar ascendencia de pura sangre, aun antes de formarse los tribunales de la Inquisición que escudriñan las prácticas religiosas de los "conversos". Sin embargo, dado que los judíos acaparaban en su mayoría las profesiones intelectuales, a Castro le parece probable que una parte esencial de la vida intelectual española del Siglo de Oro fuera engendrada por los nuevos cristianos, los "conversos". En obra y vida de los más destacados autores españoles, filósofos y teólogos, Castro busca antepasados judíos, y los sospecha incluso allí donde no se dan datos documentales, como en el caso de Cervantes. En una especie de filosemitismo racista, a Luis Vives, Mateo Alemán, Luis de León y también a los cuatro primeros inquisidores los declara él representantes típicos de los conversos y, para su satisfacción, encuentra además a un abuelo judío en la ascendencia de Santa Teresa de Ávila. Los guerreros cristianos despreciaban, según su tesis, a los intelectuales judíos; y cuando, después de haber sido expulsados los judíos, pasaron los "conversos" a representar la elite intelectual, aquel desprecio degeneró en cansancio total respecto a la cultura, cansancio que condujo al atraso de España en comparación con los países centroeuropeos. El que se ocupaba entonces con modo su título nobiliario; y así la separación medieval de profesión "judío"; un caballero que se dedicaba al comercio manchaba de este y religión influenció poderosamente en el ulterior nacimiento de una pequeña nobleza parasitaria y holgazana que perdió su función, una el comercio, la industria y la banca, se convertía sólo por eso en vez concluida la Reconquista.

De la convivencia de las tres castas en la Edad Media se desprende, según Castro, otra particularidad más de la cultura española: los cristianos no sólo se dejan contagiar por la preocupación de la pureza

de sangre de sus vecinos judíos, sino también asumen de los moros la primacía en lo religioso. El español cristiano es primero cristiano y luego español, porque su adversario es ante todo mahometano y sólo en segundo término habitante de Al-Andalus u otro principado moro. Más tarde, la evangelización de los países de América recién descubiertos se realiza con un celo que recuerda la guerra santa de los mahometanos: en definitiva, la preponderancia, de la Iglesia dentro del posterior Estado español se explica sólo al poner en claro el carácter de guerra de religión que mantiene la Reconquista a lo largo de siglos. Conforme a la tesis de Castro, los españoles han acomodado a sus propias circunstancias esa estrecha unión de nacionalidad y religión que se observa en los Estados mahometanos.

Concretemos de nuevo los puntos en que Américo rompe con la tradicional historia. Son los siguientes: 1.º) la hispanidad en sentido moderno nace durante la Reconquista en el siglo XII; 2.º) la convivencia pacífica de las tres religiones en la España medieval afianza la gestación nacional de España; 3.º) la decadencia de España en el siglo XVII ocurre después de deshacerse la simbiosis de las tres castas. Para Castro la culpa de esta decadencia no la tiene la política imperialista de los Habsburgos españoles, sino el hecho de haberse roto el penoso equilibrio de las tres castas con el triunfo sobre los moros y su ulterior expulsión y con el destierro de los judíos españoles.

Pronto de haber aparecido el libro de Castro se forman los frentes rivales. Sánchez Albornoz reprochó a Castro — antiguo amigo suyo y compañero de emigración — el tener una deficiente preparación histórica y el trazar “una imagen a un tiempo errónea, turbia, sombría y extremadamente pesimista de nuestra histórica potencialidad creadora.” (SA, 12)

En varias obras de gran tomo, sobre todo en el voluminoso libro “España: un enigma histórico”, de 1959, Sánchez Albornoz ha saldado las tesis de Castro. La división de los campos se ha profundizado constantemente en los años siguientes; ambos antagonistas han movilizado a sus partidarios para refutar y demostrar respectivamente sus tesis. Sobre todo los numerosos discípulos de Castro han acudido en bloque a defender al maestro con series de volúmenes.

Vamos a resumir primero los argumentos de réplica de Sánchez Albornoz. Pasamos por alto las quejas del historiador acerca de la deficiente preparación histórica del filólogo Castro y nos atenemos a los hechos. Es a los hechos a los que efectivamente apela Sánchez Albornoz cuando reprocha a su adversario — tan hábil en sus formulaciones — una exagerada fantasía. El historiador se escandaliza de

que Castro haya buscado en la ruptura de la armonía de las tres castas la causa del empobrecimiento de España. Afirma que España era ya de por sí un país económicamente pobre, pues el 10 por ciento del suelo español estaba formado por rocas peladas, el 35 por ciento era árido por causa de la extremada altura o la sequía, el 45 por ciento eran tierras mediocres con escasas lluvias, y sólo el 10 por ciento de todo el territorio era en verdad fértil. Aproximadamente el 7 por ciento del terreno de España era, según sus cifras, terreno de estepa, porcentaje éste alcanzado en el resto de Europa sólo por Hungría.

Por eso, los pobretones que aparecen en el Don Quijote de Cervantes o en las novelas picarescas, esos escuálidos soldados, frailes, criados y pícaros, no son resultado de un deficiente orden económico, sino de la pobreza natural de la agricultura española. La a menudo ponderada sobriedad de los españoles no es, a juicio de Sánchez Albornoz, sino la consecuencia de una milenaria subalimentación; y ya un superficial parangón de España con las condiciones climáticas de Francia muestra claramente cuál de los dos países ha sido favorecido por la naturaleza y cuál perjudicado. El descubrimiento y la conquista de América fue obra de hambrientos hijos de la pequeña nobleza que no sabían cómo ganarse la vida decentemente en su propio país. La Reconquista no se puede considerar sólo como una guerra de religión de los cristianos contra los moros, sino también como el golpe de mano de los pobres sobre las tierras fértiles de los ricos.

Sánchez Albornoz se opone a la tesis de Castro de que la historia de España comienza en el siglo XII durante la Reconquista. Para él, la historia de un pueblo no comienza nunca en un momento determinado, sino que es más bien el resultado de un lento proceso de desarrollo. De manera algo más moderada Sánchez Albornoz sostiene también la opinión de que todos los pueblos establecidos alguna vez en la Península Ibérica habrían tomado parte de alguna manera en la formación del ser español. Ciertos rasgos característicos de la hispanidad se pueden registrar ya en los antiguos iberos. Estaban "insolidarios entre sí, fáciles a la seducción del caudillismo, tan amantes de su libertad que preferían morir a vivir en servidumbre" (SA, 24)

Sánchez Albornoz se refiere aquí al Norte de España y al País Vasco; ambas regiones se mostraron levantiscas ya en tiempos de los romanos y siguieron siéndolo en la época de la hegemonía mora.

Con toda energía impugna Sánchez Albornoz la tesis de Castro acerca de la convivencia pacífica de las tres castas durante la Edad Media española. De darse una infiltración recíproca de influencias

culturales, se dio a lo sumo, según él, en el Sur, pero nunca en el Norte de la Península. Las familias que llevaron la Reconquista hacia el Sur no fueron nunca orientalizadas. Recibieron influencias occidentales, especialmente después de que, en el siglo XI, fueron llamados al país los cluniacenses y cistercienses a fin de remediar la escasez de clérigos propios y para vincular más estrechamente el Norte de España a Occidente. De todos modos se exagera, según Sánchez Albornoz, la medida en que tuvo lugar la invasión mora. Unos 200.000 visigodos fundaron el Reino de Toledo, pero sólo unos pocos miles de bereberes recientemente islamizados, junto con pocos miles de árabes procedentes del Asia, emprendieron al principio la invasión de la Península Ibérica. Sánchez Albornoz calcula el número de los invasores en un total de 30.000. Pero con un contingente tan escaso de hombres no se podía absorber rápidamente a una cultura ya existente y establecida desde hacía siglos. Por eso, todavía a dos siglos y medio de la invasión mora, hacia el año 950, los habitantes de Al-Andalus seguían hablando su dialecto romance; sólo el califa y la nobleza de procedencia oriental dominaban el árabe clásico. Incluso en siglos posteriores, después de haber sido invadido el país por otras olas de inmigrantes árabes, la población seguía bilingüe; parece hacer alusión a esto, por ejemplo, un libro bilingüe de botánica de la Sevilla del siglo XII. Córdoba estaba intelectualmente más apartada de Bagdad que de París. La primitiva poesía de las jarchas, mixta lingüísticamente, muestra en su combinación hebreo romance o árabe-romance la continuidad del tesoro lingüístico románico dentro del ámbito de la dominación árabe. De otra manera no se podría explicar el hecho de que de una influencia de siete siglos no queda ninguna huella en la sintaxis de la lengua española, sino simplemente en el léxico, a saber: 2.000 ó a lo más 3.000 arabismos para técnicas de agricultura y arquitectura, así como también expresiones propias de la administración. La influencia preislámica prevaleció por mucho en Al-Andalus donde no obstante la ocupación árabe, constituía mayoría la población de procedencia romano-goda. Si en el centro de la Península Ibérica se dieron influencia de la cultura árabe, no trascendieron éstas al ámbito de los cristianos hasta después de la conquista de Toledo y Zaragoza, cuando los árabes que habían permanecido en el país transmitieron a los cristianos el arte arquitectónico (el mudéjar) de sus correligionarios.

Por lo demás — y en esta afirmación culmina la réplica de Sánchez Albornoz — no se dio nunca una verdadera simbiosis entre las tres comunidades religiosas. En Al-Andalus pudo reinar, a través de varios siglos, todo lo más tolerancia, dado que los soberanos moros

necesitaban de la colaboración de los cristianos andaluces, numéricamente muy superiores. A la sombra de las ricas ciudades de Córdoba, Granada, Sevilla, florecían también las comunidades judías que en el Norte de España faltaron primero. La Reconquista fue más bien una guerra bárbara llevada por ambas partes con una inaudita crueldad a fin de conseguir tierras y bienes. Por eso, el historiador Sánchez Albornoz considera la invasión árabe como el momento efectivamente decisivo de la historia española, pero enjuicia con escepticismo la aportación de los árabes. La continua guerra de ambas partes, sólo interrumpida por breves tiempos de paz, apartó del comercio la energía de la población; de ahí que no se formaran grandes ciudades comerciales como en Italia, y que la estructura económica siguiera tan frágil incluso cuando más tarde afluyera a España el oro americano. La barbaridad de los conflictos entre moros y cristianos aparece evidente en las campañas de ambos bandos hasta muy entrado el siglo XIII. Los moros reducían a cenizas todo lo que encontraban a su paso, decapitaban a los cautivos y con sus cabezas construían pirámides que luego escalaba el muecín para dar gracias a Alá por la victoria conseguida. Entre los territorios del dominio de ambas religiones se formaban zonas muertas que tenían que volver a ser pobladas penosamente cuando el territorio caía finalmente en manos fuertes.

Una de las particularidades de España es el no haberse podido formar en su suelo, exceptuada Cataluña, ninguna especie de feudalismo en sentido centroeuropeo. Los campesinos libres que hacían avanzar la Reconquista hacia el Sur no eran vasallos de determinados nobles, sino del mismo rey. Tampoco pudo formarse una burguesía al estilo del Norte de Italia, pues los vecinos de las ciudades tenían que proteger al país como caballeros y guerreros contra la amenaza continua del peligro moro; pastores y campesinos suministraban el sustento, pero la vida económica seguía en gran parte paralizada. Sin embargo, la movilidad social fue grande, por lo menos hasta el final de la Reconquista; los hidalgos pobres del Norte que se distinguían en la guerra podían convertirse en ricos propietarios de tierras en el Sur conquistado. Eran siempre labradores libres, y no siervos, los nuevos colonos de las zonas muertas. Durante siglos, el llamamiento que los conquistadores hacían a sus combatientes fue: "Quien quiera quitarse de trabajos y ser rico, que venga conmigo a ganar y a poblar".

Sánchez Albornoz enjuicia, pues, el total de la influencia mora no tan positivamente como Castro. Y a la expulsión definitiva de los moriscos por Felipe III tampoco la considera como una catástrofe económica por la que se privó al país de artesanos industrioses, sino

como una necesidad política. Los moros vencidos continuaron siendo aliados potenciales de los sultanatos norteafricanos con los que España se mezcló en guerras en los siglos XVI y XVII; siguieron siendo elementos dignos de poca confianza a los que no podía asimilar el Estado unitario de los cristianos.

Sánchez Albornoz difiere totalmente de Castro al enjuiciar también la parte debida a visigodos y judíos en la formación de España. Condena la desvalorización de la herencia goda, y afirma que, tan vivo era en suelo español el recuerdo en el primer Estado unitario hasta mucho después de la invasión mora, que los reyes de Asturias y León se consideraban a sí mismos como descendientes de los reyes visigodos. Todavía en los siglos XVI y XII la nobleza española evocaba con agrado a sus antepasados visigodos. La jurisprudencia conservó la influencia godo-germánica hasta entrado el siglo XII en que poco a poco le fue desplazando el derecho romano.

Con gran vehemencia se opone Sánchez Albornoz a la valoración excesivamente positiva que hace Castro de la aportación judía. Considera a la influencia judía como muy inferior y esencialmente negativa. Alude primero a la escasa expulsión de comunidades judías en el Norte cristiano de España. Mayores comunidades de judíos había sólo en el Sur más civilizado, en las grandes ciudades de Al-Andalus. Hasta muy avanzado el siglo XI las comunidades judías siguieron siendo tan pequeñas, que de ellas no podía emanar ninguna irradiación cultural sobre sus vecinos cristianos. Sólo en el siglo XII, cuando la intolerante política de los soberanos almorávides y almohades llegó a hacer imposible la vida en Al-Andalus tanto a los judíos como a los mozárabes, se formaron comunidades judías mayores en Toledo y en toda la región del Tajo. Pero tampoco entre cristianos y judíos reinó armonía, sino tensión continua, pues los judíos ejercían las profesiones de Hacienda; trabajaban como recaudadores de contribuciones para los nobles y los reyes. A los cristianos les prestaban dinero como usureros, exigiéndoles no pocas veces un tipo de interés del 12 por ciento por semana. Puesto que la nobleza y el clero no necesitaban pagar impuestos, los gravámenes fiscales cargaban sobre el campesinado y la menestralía, y los judíos ocupados en recaudar contribuciones eran en consecuencia malmirados. Los reyes, cuanto más se prolongaban las luchas de la Reconquista, tanto más duramente apretaban la tuerca de los impuestos. En 1391 se descargó el odio de los contribuyentes en violentos pogromos. Después de estos desmanes primeros comienzan las conversiones de los judíos al cristianismo y con ello el problema de los "nuevos cristianos" o "conversos" que se van asimilando al medio cristiano, ya sólo en apariencia, ya tam-

bién por auténtica convicción, continuando así en posesión de sus cargos y riquezas. El problema se agrava cuando, después de la expulsión de los judíos en el año 1492, vuelven parte de los afectados a convertirse al cristianismo. Esta expulsión tiene lugar, como es sabido, cuando, terminada la Reconquista, los reyes españoles no tenían por qué temer ningún peligro caso de que los judíos emigraran a países vecinos.

Sánchez Albornoz no niega que los representantes cultos del judaísmo español hayan actuado como intermediarios intelectuales entre Oriente y Occidente, como traductores de obras filosóficas y científicas. Se opone, sin embargo, a la excesiva valoración y parcial glorificación que Castro hace de la influencia judía. En la Corte de Alfonso el Sabio, que es el primero en tratar de acercar a su pueblo de guerreros enredados en la Reconquista el saber enciclopédico de su tiempo puesto en la lengua vulgar, letrados judíos trabajan como pequeño grupo entre expertos italianos, catalanes y castellanos. Mientras Castro sospecha "conversos" por todas partes en los siglos que siguen a la expulsión de los judíos, Sánchez pone de relieve el exceso de estas suposiciones que muchas veces, como en el caso de Cervantes, no se pueden probar, e incluso allí donde aparece un abuelo judío — como en la familia de Santa Teresa de Avila — no permiten sacar como consecuencia el carácter "judío" de la mística española. La errónea dirección que tomó España después de haber quedado unida por los Reyes Católicos es, según Sánchez Albornoz, no consecuencia de la simbiosis repentinamente rota de las tres razas, sino culpa de la Casa de Austria, que enredó a España en su política imperialista explotando sobremanera sus posibilidades financieras. A este respecto, el historiador alude a las enormes deudas que, sólo en lo que se refiere a los banqueros genoveses, ascendían ya en 1575 a 17 millones de ducados; y para a muerte de Felipe II el año 1598 el total de las deudas había aumentado a unos 100 millones de ducados. Las tres bancarrotas nacionales de 1557, 1575 y 1596 debilitaron considerablemente a España e hicieron que en lo sucesivo el oro americano fluyera sólo a través de España y fuera a parar a las arcas de los banqueros italianos y alemanes. Para que de tal endeudamiento — debido a los exorbitantes compromisos imperiales — se llegara a un empobrecimiento y agotamiento total, bastaba con dar un paso. Finalmente, Sánchez Albornoz se opone a la tesis de Castro sobre la incapacidad de España para realizar grandes obras filosóficas y técnicas, y remite a la obra de geógrafos y cartógrafos españoles, a aportaciones de sus juristas en lo que se refiere al derecho público e internacional, así como también a las independientes apo-

taciones filosóficas con que un Francisco de Vitoria plantea un humanismo cristiano.

Si resumimos ahora la réplica de Sánchez Albornoz después de haber recorrido brevemente su argumentación, tenemos el siguiente cuadro: 1.º) El historiador parte del supuesto de que España no se formó en un momento dado de la Reconquista, sino que es un país que ha evolucionado lentamente partiendo de anteriores comunidades de la Península. 2.º) La llamada simbiosis de las tres religiones es, si bien se la examina, una virulenta guerra llevada con gran crueldad tanto por cristianos y moros como por cristianos y judíos. 3.º) La influencia cultural de los moros no es tasada tal alta por Sánchez Albornoz como por Castro. Aquél hace a la invasión mora responsable de que los españoles del Norte se convirtieran a la fuerza en un mero pueblo de guerreros y perdieran tan pronto el enlace con el desarrollo económico del resto de Europa. 4.º) Se reduce el valor de la aportación de los judíos en la formación de España. A juicio de Sánchez Albornoz, Castro ha atribuido parcialmente al rendimiento científico de los traductores judíos (Maimónides) un valor excesivo y ha pasado por alto los abusos de los usureros y recaudado es judíos. 5.º) La decadencia de España no tiene nada que ver con el rompimiento del equilibrio de las tres castas sino que se debió a la política imperialista de los Habsburgos, la cual, iniciada a destiempo, cargó al país con el peso de insostenibles deudas.

Esta sumaria exposición quedaría incompleta si no tuviera presente a los demás adversarios de las tesis de Castro. De lo contrario podría parecer que Sánchez Albornoz se encuentra solo a campo raso contra la falange de los secuaces de Castro. Entre los contradictores de Castro hay que mencionar también, por ejemplo, al patriarca de la filología hispánica, Ramón Menéndez Pidal, quien en un artículo del año 1951 ("Los españoles en la historia y en la literatura") insiste en que las raíces de la hispanidad se remontan a los primeros habitantes de la Península Ibérica. "La total comprensión histórica exige considerar la vida de un pueblo como un continuo irrompible dada la realidad de su ininterrumpida sucesión generativa".

El gran hispanista francés, Marcel Bataillon, recientemente fallecido, al mismo tiempo que reconoce cumplidamente la perspicacia y originalidad de Castro, se vuelve contra su tendencia a separar a España del círculo de la historia de Occidente. Bataillon opina que la historia de España pertenece en todas sus fases a Occidente y afirma que Castro ha concebido su idea "oriental" de la historia dema-

siado parcialmente desde la perspectiva de los emigrantes. Dice que Castro ha valorado en exceso la aportación intelectual de los moros y rebajado el valor de la vida intelectual de las razas del Norte, vigorizadas por cluniacenses y cistercienses.

Más críticamente aún se expresa el filólogo Eugenio Tsensio. Para él, la concepción histórica de Castro es una facción estérica en la que se ha omitido como cosa molesta todo lo que no enmarca en el cuadro de conjunto. Lo que Castro considera como prestación islámica está determinado muchas veces por influencias románicas preislámicas; lo que él estima como aportación judía es frecuentemente, a juicio del mismo Asensio, en general de origen cristiano o europeo. Asensio, igual que Bataillon, opina también que la concepción histórica de Castro disgrega a España demasiado del desarrollo del resto de Europa.

Para el que no es español ni se ocupa profesionalmente con la historia de España resulta muy difícil adherirse a uno de los dos bandos.

A esta adhesión va vinculada indudablemente una opción ideológica. A Sánchez Albornoz se asociará quien tienda a adoptar una postura liberal-conservadora, a Castro quien prefiera un modo de pensar liberal-revolucionario.

Los argumentos del historiador, fundados en hechos, me parecen a mí personalmente más convincentes que las provocadoras tesis del filólogo. El debate acerca de la génesis de España no es desde luego de carácter puramente científico. La pregunta acerca del futuro desarrollo de España lo pone en juego siempre. Según se dé prioridad a la influencia árabe, a la judía e o a la románica, se asoma al horizonte una preferencia por las vinculaciones de España con los países árabes, con Israel o con los Estados del Mundo Occidental, se alcanzan asimismo perspectivas de una evolución democrática-tolerante u otra autoritaria, insistente en la unidad de Estado e Iglesia.

Impresionante sigue siendo en todo caso la energía y el esfuerzo que ponen los intelectuales españoles en apreciar en su justa medida tanto el pasado como el futuro de su país, y es de suponer que la polémica historia acerca del papel de cristianos, moros y judíos en la historia española está muy lejos de estar concluida.

ZUSAMMENFASSUNG

An der Frage des Anteils von Christen, Mauren und Juden an der Entstehung der spanischen Nation hat sich in den Jahrzehnten seit 1948 eine hitzige Polemik entzündet, die auch heute noch andauert. Sie wurde ausgelöst durch den Philologen Américo Castro und sein berühmtes Buch "España en su historia" (1948), worin Castro insbesondere den Asteil der Juden am spanischen Geistesleben stark hervorhebt und die These vertritt, die drei Religionsgemeinschaften hätten bis zum Ende der Reconquista im Jahre 1492 überwiegend friedlich zusammengelebt. Gegen diese Auffassung hat der bekannte Historiker Sanchez Albornoz vehementen Protest eingelegt. Er wendet sich gegen die Überbewertung des geistigen Einflusses von Mauren und Juden auf die Entwicklung des spanischen Geisteslebens und verwirft Castros These vom angeblich friedlichen Miteinander der drei Religionsgemeinschaften. Die Debatte, in die auch eine Anzahl anderer spanischer und nichtspanischer Gelehrter eingegriffen hat, ist für das Selbstverständnis des heutigen Spaniens von grosser Bedeutung.

RESUMO

Em que medida contribuíram cristãos, mouros e judeus para a gênese da nação espanhola? Esta pergunta provocou, nos três decênios desde 1948, uma polémica violenta em Espanha que perdura até aos nossos dias. No seu célebre livro "Espanha en su historia" (1948) o filólogo Américo Castro sublinhou a contribuição judaica na vida espiritual espanhola e defendeu a tese que as três religiões viviam numa simbiose mais ou menos pacífica até ao fim da reconquista em 1492. O conhecido historiador Sanchez Albornoz protestou violentamente contra esta interpretação arbitrária da história espanhola. Ele toma posição contra a valorização da influência intelectual de mouros e judeus e recusa a tese duma "simbiose pacífica" entre as três religiões. A discussão tem um alto significado para a auto-interpretação da Espanha dos nossos dias.